

TELEMÁTICA Y POSDISCIPLINARIEDAD EN EL ESTUDIO DE LA COMUNICACIÓN

Por: Raúl Fuentes Navarro

En comunicación sabemos mucho, pero comprendemos poco.

Manuel Martín Serrano

Tal como lo atestiguan y argumentan múltiples textos generados en todo el mundo en las últimas cinco décadas, la constitución *teórica* de la comunicación es un problema irresuelto, que se vuelve cada vez más complejo conforme avanzan y se diversifican los fenómenos a explicar sistemática y paradójicamente, en tanto que se incrementan también las prácticas de investigación sobre ellos y se consolidan los programas de información de "especialistas en comunicación".

Son diversos los factores que pueden explicar la *desarticulación múltiple* que caracteriza al campo académico de la comunicación desde su nacimiento, relativamente reciente. En su exploración de dichos factores en la dimensión teórica, Manuel Martín Serrano ha realizado un análisis de la relación entre los cambios históricos que se han sucedido desde la fundación de la epistemología de la comunicación (con la *Cibernética* de Norbert Wiener en 1948), y los avatares de dicha reflexión epistemológica. El investigador español argumenta:

1) La información posee ahora, por primera vez en la historia de la humanidad, valor de cambio. Este acontecimiento socioeconómico trastoca la función y el uso de las teorías de la comunicación(...).

2) En los países más desarrollados, el efecto que por ahora ha tenido dicho

acontecimiento ha sido la renuncia a mantener unidos el análisis de cómo interviene la comunicación en la producción material y en la reproducción social.

3) Como consecuencia de esa renuncia, aparecen ideologías que proponen la disociación de las comunicaciones productivas y reproductivas en teorías y prácticas distintas.

4) Los análisis precedentes se refieren a la evolución de la epistemología de la comunicación en los países económicamente más desarrollados y con economía de mercado. En los países dependientes hay otra historia epistemológica distinta y muy interesante...(Martín Serrano, 1990: 66).

Como se ve en este planteamiento y en otros muchos, el problema de la constitución teórica de la comunicación no es sólo un problema intelectual o científico. Es también, en mucho, una cuestión económica, política e ideológica, dado el carácter eminentemente práctico del trabajo teórico. Sin embargo, la primera de las conclusiones que Martín Serrano extrae de su análisis es que:

Ahora sabemos que es necesaria y posible una teoría de la comunicación, distinguible de las varias ciencias de la comunicación a las que preste los fundamentos teóricos. También conocemos el papel que le corresponde entre las teorías: aclarar la naturaleza y las funciones de *todas* aquellas interacciones en las que se recurre al intercambio de la información. En consecuencia, la teoría de la comunicación se especializa en el estudio de los comportamientos expresivos y está incluida en el más amplio marco del análisis de los actos (*ibid*: 74).

Raúl Fuentes Navarro
(México)

Licenciatura y maestría en Comunicación en el ITESO, actualmente cursa el doctorado en Ciencias Sociales en la Universidad de Guadalajara. Profesor-Investigador en el Departamento de Comunicación del ITESO y el Departamento de Estudios de la Comunicación Social de la Universidad de Guadalajara. Ha escrito varios libros y artículos en revistas académicas de comunicación de México y Latinoamérica.

Desde un punto de vista más sociológico que epistemológico, este artículo pretende esbozar, muy brevemente, la hipótesis de que ante los avances de la conjunción entre informática y telecomunicaciones que los franceses han llamado *telemática* y sus "repercusiones" sobre las dimensiones económicas, políticas y culturales mundiales, especialmente notables en la última década, se impone no sólo un replanteamiento crítico de los conceptos de "comunicación" e "información", sino retomar por completo los sistemas teóricos necesarios para abordar el estudio y la comprensión de nuestro entorno global, más allá de las tradiciones disciplinarias vigentes. De ahí la propuesta de un enfoque *pos—disciplinario* para el estudio sociocultural de la comunicación.

La crítica del "Universo Telemático" en expansión

El procesamiento, natural o artificial, de la información no es en absoluto una actividad recientemente establecida. Tampoco lo es su intercambio entre seres humanos con propósitos de supervivencia, control del entorno, organización social, construcción de conocimiento o ejercicio del poder. Lo que es históricamente novedoso es el desarrollo de tecnologías y sistemas (industriales) para realizar masivamente estas actividades, la preponderancia creciente de este "sector" en la organización social global, y la necesidad de sistemas teóricos especializados para explicar estos fenómenos. La historia completa de las "ciencias de la comunicación", que no abarca más de un siglo (Rogers, 1993), coincide con el periodo de aceleración inaudita de estas transformaciones.

La "informatización de la sociedad" es un proceso que comenzó a preocupar a los centros de poder de los países desarrollados desde la década de los sesenta. Además de los múltiples estudios diagnósticos y prospectivos encargados al respecto por el gobierno estadounidense (McHale, 1981), circulan desde hace mucho en forma de libros los informes de comisiones nacionales de

Francia (Nora y Minc, 1980), Alemania (Reese *et al.*, 1982) o Japón (Masuda, 1984), entre otros. Todos ellos coinciden en que:

Los efectos sociales de la telemática son, sin duda, más importantes que sus efectos económicos, porque transtornan los juegos tradicionales de poder. Pero son también más difíciles de detectar: hay que determinar cuál es el motor principal, si la informatización o la sociedad, cuando ambos términos son ambiguos (Nora y Minc, 1980: 79).

En el caso de México, como en el de otros países dependientes (no sólo tecnológicamente), la situación es ciertamente más compleja y exige subrayar la importancia de las políticas gubernamentales en este ámbito estratégico. En un documentado análisis recientemente publicado sobre la telemática "nacional", Alberto Montoya señala que "México se encuentra en una encrucijada histórica y las decisiones que se tomen en este momento tendrán repercusiones definitivas para el futuro de la sociedad (...) toda la política económica y social debe tomar en consideración la importancia de la microelectrónica y la telemática, ya que no es una cuestión sectorial sino de implicaciones globales" (Montoya, 1993: 22). En ese mismo sentido se han pronunciado todas las agencias y organismos internacionales de las Naciones Unidas que han abordado el tema.

La actual globalización de la economía tiene, en muchos sentidos, su base en la extensión de las redes telemáticas que comenzó a realizarse cuando, a mediados de los años cincuenta, confluyeron los desarrollos de la tecnología informática y de la tecnología de las telecomunicaciones, mediante la *digitalización*, y la superposición de un valor de cambio al valor de uso de la información. Martín Serrano señala al respecto:

Establecer la medida cuantitativa de la información ha sido la conquista más reciente de la forma de producción capi-

talista, y tal vez represente la culminación de su éxito histórico, a 400 años de ininterrumpida apropiación de las actividades naturales y sociales para incorporarlas al mercado (Martín Serrano, 1992: 65).

Los usos sociales de la comunicación están en proceso de redefinición, integrando los hasta hace poco distintos *espacios* (público y privado) y *tiempos* (de trabajo y de ocio) en un "megasistema" de información-organización-acción:

Ahora la información está destinada a penetrar en el ámbito de todo lo programado y de todo lo programable; es decir, en todo nivel natural o artificial, material o inmaterial, que sea susceptible de ser intervenido por el hombre. Este horizonte hace prever que la comunicación se va a refuncionalizar aceleradamente (*ibid*: 66).

Más allá de reeditadas posiciones "apocalípticas" o "integradas" (Eco, 1968) o de los extremos discursivos que pudieron representar hace treinta años *El hombre unidimensional* (Marcuse, 1968) o *La comprensión de los medios como extensiones del hombre* (McLuhan, 1968), los desafíos teóricos provenientes de los desarrollos tecnológicos de los sistemas de información/comunicación y, sobre todo, de su imbricación multidimensional en la economía, la política y la cultura, exigen pensar críticamente el "entorno cambiante de la información" (Mc.Hale, 1981) en términos de una *comunicación-mundo* (Mattelart, 1993) y sus implicaciones en cuanto a los desequilibrios, desigualdades y diferencias preexistentes.

En otras palabras, los objetos de estudio que es necesario reformular no son sólo los *productos* tecnológicos nuevos como tales, o las *tecnologías* como lógicas de uso de determinados recursos (en este caso los informativos), independientemente de que se les considere "nuevas" o no. Se trata de algo mucho más amplio y profundo: los cambios inducidos tecnológicamente en las relaciones

socioculturales entre sujetos y sistemas, en la organización de la vida cotidiana y de sus representaciones cognitivas, en la distribución de las posiciones de poder y del control de los espacios y los tiempos en que sitúa toda actividad humana.

A pesar de que muchas de las reflexiones sobre este cambio cualitativo en las coordenadas básicas de la vida social enfatizan las tendencias hacia la *homogeneización* cultural, parece ser al menos igualmente pertinente atender las consecuencias diferenciales sobre los desequilibrios y desigualdades económicas, políticas y culturales de los sectores en que se aplica, sean estos países, regiones, grupos o individuos, entre los cuales hay crecientes *brechas* de desarrollo. Hace ya un buen tiempo que Herbert Shiller así lo advertía:

Bajo el estímulo de criterios de mercado, las nuevas tecnologías de información, a pesar de todas sus características y potencial estimulantes, acaban por facilitar las actividades y ampliar la influencia de los elementos ya dominantes dentro del orden social. Al mismo tiempo, la costumbre de tratar la información como un lujo, consecuencia de aplicar criterios de mercado a la misma, presagia una exacerbación de viejas injusticias en nuevas modalidades (H.Shiller, 1983: 14).

Más reciente y cercanamente, al criticar la idea de la sociedad informatizada como "una nueva utopía", Gonzalo Zavala llegaba a la conclusión, aparentemente negativa, de que:

Es errónea la idea de que, en el marco de las relaciones actuales, la sociedad informatizada se pueda plantear, primero, como necesariamente universal; segundo, como una opción cuya eventual elección queda al libre albedrío de los pueblos y naciones, y tercero, que su "advenimiento" corre paralelo al fortalecimiento de la paz en el mundo (Zavala, 1990: 136).

La aparente negatividad se disipa al considerar las condiciones diversas que la adopción de los sistemas telemáticos impone a sociedades o sectores (o sujetos) con diversas capacidades y prioridades de uso. Inevitablemente, la propia tecnología está cargada de ideología, es decir, de una interpretación (o gama limitada de interpretaciones) que articulan necesidades y soluciones desde una definida posición que en mayor o menor medida excluye otras posibles. Por ello, Zavala caracteriza la concepción de la "sociedad informatizada" como una "utopía" neoconservadora.

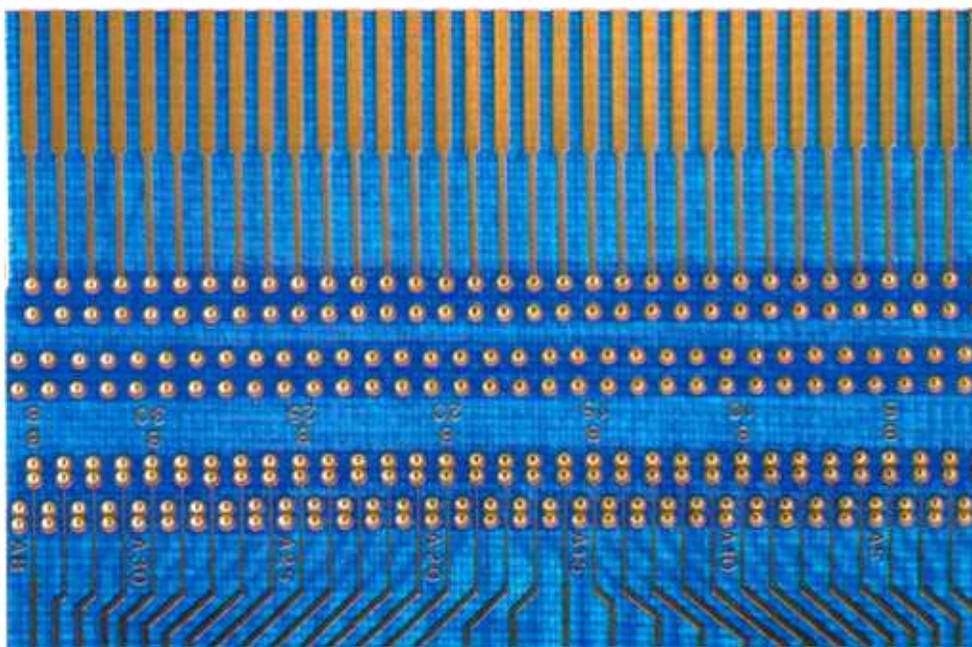
El trabajo más reciente de Dan Shiller (1993, 1994) continúa la crítica tanto ideológica como estrictamente teórica a los seguidores de la corriente inaugurada por Daniel Bell (con *The Coming of Post-industrial Society*, 1976), que destaca la reducción planteada de "sociedad de la información" a "economía de la información" y la escisión casi total del concepto con las dimensiones política y cultural:

Por supuesto, en sí misma, la atención prestada a cuestiones como el creciente comercio de servicios de información, la expansión de la fuerza laboral en la información, el despliegue de las aplicaciones

corporativas de la tecnología de la información, incluso la magnitud de la capacitación y la "formación del capital humano", era muchas veces inobjetable, hasta iluminadora en ocasiones. Por lo general, la consideración de dichos temas sirvió para distraer la atención de la continuada experiencia de la división social, de la inequidad agravada y del conflicto político (D. Schiller, 1994: 97).

La oposición inducida por Bell y otros entre los términos "información" y "cultura" para objetivar la dinámica del *conocimiento* social, criticada por Dan Schiller, tiene la misma base referencial que la escisión señalada por Martín Serrano entre los usos de la comunicación para la producción y los usos de la comunicación para la reproducción social, que tiende a relegar los estudios macrosociológicos y a enfatizar la *instrumentalización* de la teoría y las políticas de comunicación en un proceso netamente político:

La decisión de reorientar los estudios sobre la comunicación hacia contenidos y usos instrumentales fue una medida consciente y explícitamente adoptada en primer lugar por los gobiernos de Estados Unidos y de Inglaterra. Al tiempo que estos países



dejaban de financiar a la UNESCO, se propusieron yugular el progreso teórico y la popularidad que durante la década de los setenta había alcanzado la sociología de la comunicación en los países industrializados, pero sobre todo en el Tercer Mundo. (...) Esto se debió a que la crítica del dominio económico y cultural de los países sobreindustrializados sobre los países dependientes se había centrado precisamente en la denuncia de las nuevas modalidades de expropiación espiritual y material que se facilitan mediante el control de las comunicaciones (Martín Serrano, 1992: 67).

De manera que la crítica a la expansión del "universo telemático", aquí sólo insinuada, no necesariamente implica la oposición a las innovaciones tecnológicas de la comunicación o el manejo de la información, y menos aún por su significación económica, sino más bien a la sobresimplificación—ideológica—del sentido *político y cultural* de su empleo e inserción en estructuras sociales en que incrementan la desigualdad. Obviamente, los enfoques "microteóricos" impiden ver ("teoría" tiene en su raíz el sentido de "ver") estas "implicaciones", al recortar su alcance a unas cuantas relaciones y eludir la complejidad de las realidades que pretenden "explicar".

La teoría de la comunicación como articulación sociocultural

El pensamiento contemporáneo parece escindido entre el cinismo tecnocrático y el no menos cínico pesimismo "crítico". Las elaboraciones utópicas parecen estar perdiendo nuevamente el lugar que, después del Renacimiento, recuperaron en el siglo XIX, como proyecciones de la viabilidad futura de la vigencia sociocultural concreta de ciertos valores. La modernidad, en crisis en los países "avanzados" y "al alcance de la mano" en el resto del mundo, sintetiza lo que fueron sus promesas movilizadoras en las pesadas, conflictivas y cada vez más inhabitables concentraciones urbanas.

En las ciencias sociales el pensamiento teórico se declara "en crisis". Miles de páginas se han escrito en los últimos años para analizar y ejemplificar los argumentos que, desde todas las posiciones imaginables, explican la ruptura, el desmoronamiento de los "paradigmas" supuestamente vigentes en el estudio social en las décadas pasadas. Así, a la crisis, a la transformación brusca de los fenómenos objeto de estudio de las ciencias sociales, se sobrepone la crisis de los sistemas conceptuales sobre los que se basaban las explicaciones, que nunca fueron suficientemente satisfactorias, del devenir sociocultural.

Probablemente para las tres principales disciplinas sociales orientadas al estudio del comportamiento, la antropología, la sociología y la psicología, la "crisis de paradigmas" tenga referentes bien definidos. La historia, la economía y la ciencia política, también ciencias sociales pero organizadas de otra manera, parecen escaparse de este modelo de análisis epistemológico. Será porque, institucionalizadas en Estados Unidos bajo ciertas condiciones, a las tres primeras se les asignó el conocimiento de los tres *niveles* fundamentales de la existencia sociocultural: la cultura, lo simbólico y lo "exótico" a la antropología; la estructura, la institucionalidad y la acción social a la sociología; la subjetividad, la inteligencia y la interacción a la psicología, y se les reconoció la "propiedad" de ciertos *métodos*: el trabajo de campo y la observación etnográfica a la antropología; la encuesta y el estudio de caso a la sociología; el experimento y las pruebas de medición individual a la psicología. Esta división de "territorios" y de métodos, universalizada, pareció corresponder al patrón de desarrollo y práctica científica de las ciencias naturales, aquellas que Kuhn hipotetizó organizadas "normalmente" alrededor de "paradigmas" (Kuhn, 1962).

Si el concepto de "paradigma", proveniente de la historia de las ciencias, es estrictamente aplicable a las ciencias sociales

o no, es objeto de debate hace más tres décadas. El propio Kuhn se inclinaba por la negativa. Pero incluso en la opción positiva, es claro que se trataría de "paradigmas" en un sentido analógico, no literal, y en todo caso, que la "crisis" podría ser tanto la que llevara a una "rearticulación" como la que desembocara en una "revolución". En la opción extrema, se trataría de la ruptura del "progreso" acumulativo del conocimiento con base en paradigmas, simultánea o sucesivamente adoptados por una "comunidad de practicantes", lo cual puede ser muy bien lo que sucede en ciertas áreas de las ciencias sociales.

De hecho, los intentos más recientes de elaborar una nueva teoría social prescinden en lo posible de la división disciplinaria. Así se constata en la obra de Habermas y en la de Luhmann; también en la teoría de la estructuración de Anthony Giddens, para quien el término "teoría social" incluye asuntos que conciernen a todas las ciencias sociales, como "la naturaleza de la acción humana y el ente actuante, cómo debe conceptualizarse la interacción y su relación con las instituciones; y la captación de las connotaciones prácticas del análisis social" (Giddens, 1984: XVI-XVII).

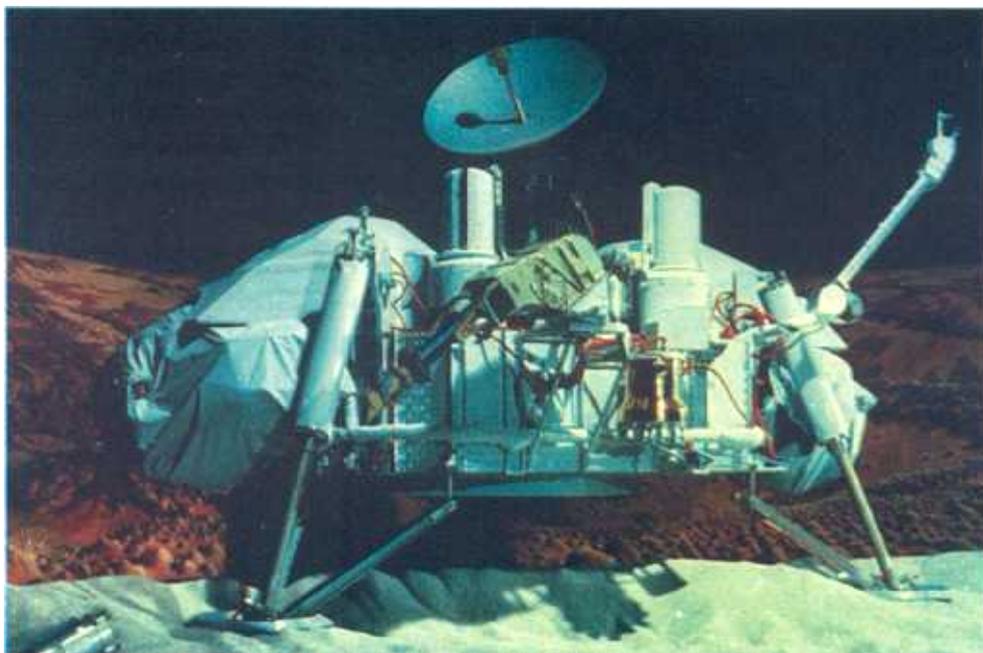
En la teoría de Giddens la "dualidad de la estructura", por la que se reconoce que los esquemas interpretativos incluyen esquemas ya interpretados por los actores sociales, relaciona tres grandes "estructuras" institucionales de la sociedad: las de *significación, dominación y legitimación*, con tres modelos de interacción: *la comunicación, el poder y la sanción*, respectivamente, por medio de las "modalidades" o "mediaciones" de los *esquemas interpretativos, los medios y las normas*.

La comunicación del significado, como los demás aspectos de la contextualidad de la acción, no debe verse meramente como algo que sucede "en" el tiempo-espacio. Los agentes incorporan rutinariamente rasgos temporales y espaciales de los encuentros en

los procesos de constitución del significado. La comunicación, como un elemento general de la interacción, es un concepto más inclusivo que el intento comunicativo (o sea, lo que un actor "quiere" decir o hacer). Hay, otra vez, dos formas de reduccionismo que deben evitarse aquí. Algunos filósofos han tratado de derivar teorías generales del significado o de la comunicación de los intentos comunicativos; otros, en contraste, han supuesto que el intento comunicativo es cuando mucho marginal a la constitución de las cualidades significativas de la acción, estando gobernado el "significado" por el ordenamiento estructural de los sistemas de signos. En la teoría de la estructuración, sin embargo, estos son considerados como de interés e importancia equivalentes, aspectos de una dualidad más que de un dualismo mutuamente excluyente (*ibid*: 30-31).

Dado que "las estructuras de significación deben captarse siempre en articulación con la dominación y la legitimación" (*ibid*: 31), el estudio de la comunicación en la teoría de la estructuración de Giddens no puede ni desmaterializarla ni deshistorizarla, aislándola de la práctica del poder y de la moralidad. Más allá de los "funcionalismos-estructuralismos-marxismos" o de los "informacionismos-semioticismos-alternativismos" que pudieran haberse confundido con una teoría sociocultural de la comunicación antes de que los respectivos paradigmas de referencia reconocieran sus "crisis", formulaciones como la de Giddens permiten suponer una posibilidad extremadamente promisoria de *comprensión sistemática* de la comunicación, que parece mucho más propicia para articular su estudio con el de las demás dimensiones y *procesos transversales* de las prácticas socioculturales.

Porque la comunicación, como la educación y la administración, no es un tipo de práctica correspondiente a un nivel de la realidad sociocultural, sino una *variable* constitutiva de todos los niveles, un mecanismo de interacción transversalmente presente en todas las prácticas (Paisley, 1984:



5-7). La institucionalización de la comunicación como carrera universitaria y como campo disciplinario de investigación, desde Estados Unidos, ha dificultado históricamente la articulación teórica, especialmente con respecto a la teoría de la información, pero extendible más allá de ella, como lo ha argumentado Peters:

El imperativo institucional de crear una disciplina particular en una época cuando los asuntos de comunicación eran prácticamente universales en la vida universitaria significó que las ideas de la teoría de la información tuvieran que ser distinguidas del campo en sí, para establecer el engramado propio. En suma, la teoría se usó casi exclusivamente para propósitos de legitimación y sus "ideas interesantes" fueron ignoradas. El destino de la teoría de la información es una lección sobre los compromisos que se hallan en el periodo formativo del campo: negociar alcance teórico por territorio académico. Durante el tiempo en que hubo amplia teorización interdisciplinaria sobre la comunicación, el campo se distinguió de esa teorización y se otorgó a sí mismo una designación institucional. El único uso que tuvo la teoría de la información en el campo fue el de un escudo de armas académico (Peters, 1988: 314-315).

La propuesta de Peters es "dar sustancia, vía la teoría, a los conceptos centrales del campo", definir "lo comunicativo", y "propiciar una anarquía en los conceptos centrales, libre de toda intromisión institucional, e insistir en la vitalidad intelectual de tal anarquía. Todo vale, se diría, con tal de que sea de alta calidad" (*ibid*: 316). Esta alusión a Feyerabend (1975) y su *anarquismo metodológico*, que advertía entre otras cosas que "la proliferación de teorías es benéfica para la ciencia, mientras que la uniformidad debilita su poder crítico", merece un análisis más detallado de la institucionalización cognoscitiva y organizacional del estudio de la comunicación, que aquí sólo podemos sugerir, pues es objeto de otro proyecto. Por lo pronto, permite detallar un poco más la "síntesis emergente" que propone la teoría de la estructuración de Giddens, en la cual la comunicación ocupa un lugar "central" para la nueva teoría social: "Cada uno de los elementos que nos alejan del consenso ortodoxo implica un énfasis inevitable en la centralidad de la comunicación" (Giddens, 1989: 65).

El "consenso ortodoxo" en teoría social estaba definido por tres características principales: su naturalismo o positivismo,

que no establecía diferencias entre ciencias naturales y sociales; su recurso a un modelo de explicación de la actividad humana por "causación social"; y su funcionalismo, por el cual construía modelos sociales análogos a los de los sistemas biológicos. La "crisis de los paradigmas" ha permitido romper la creencia empiricista de que la tarea de la ciencia consiste en la creación de un sistema deductivo de "leyes" para aceptar que la ciencia, incluso la natural, es una empresa *interpretativa*: "Enmarcar el significado es más fundamental que descubrir leyes" (*ibid*: 55). La teoría de la estructuración pretende recuperar la noción de que el agente humano es capaz de dar cuenta de su acción y de las causas de su acción. De ahí el principio de la "doble hermenéutica": se trata de interpretar acciones ya interpretadas, y por tanto de la "dualidad de la estructura". Lo que los sujetos saben sobre su propia actividad es constitutivo de su práctica, no contingente (impuesto desde el "exterior", pero esta capacidad de conocer está siempre delimitada institucionalmente. De ahí la importancia del concepto de "conciencia práctica": "todo lo que sabemos como actores sociales que hace que suceda la vida social, pero a lo que no necesariamente le damos forma discursiva" (*ibid*: 57).

Por ello la ciencia social tiene tareas *etnográficas* fundamentales, pues la ciencia social puede dar forma discursiva a aspectos del "conocimiento mutuo" que los actores emplean de una manera no discursiva en su conducta. De este "conocimiento mutuo" entre los sujetos depende, nada menos, que las actividades sociales tengan *sentido* en la práctica. Y la comunicación, esencialmente, consiste en esa producción en común de sentido. Su investigación y teorización no pueden limitarse al estudio de los *medios* (tecnológicos o no, "nuevos" o no) que los sujetos sociales usan para generar el sentido de su actividad y, necesariamente por ello, de su propia *identidad*, socialmente determinadas, aunque nunca inmediatamente, es decir, al margen del ejercicio de sus "practicalidades" socioculturalmente situadas.

La teoría de la comunicación y la pos-disciplinarietà

Que la comunicación es un proceso constitutivo genérico de la socialidad supone que se la conciba como una práctica mediadora, como lo ha formulado Carlos Luna (1991):

La comunicación es una modalidad de la interacción social que consiste en la intervención intencional sobre los sistemas cognitivos y axiológicos de los actores sociales mediante la disposición de información codificada o, para decirlo con otra terminología, mediante la producción de mensajes que, en el marco de cierta comunidad cultural, aporta a la significación de la realidad. En este sentido, es una práctica social que toma como referencia a otras, e incluso a ella misma.

Tanto la codificación e intercambio de información como la significación de la realidad "en el marco de cierta comunidad cultural" son condiciones necesarias pero no suficientes para el ejercicio de la *acción comunicativa*, que Habermas define en contraste con la acción "estratégica", la "dramatúrgica" y la "guiada por normas" en su teoría utópicamente consensual (Habermas, 1989). Pero aún sin adoptar ese esquema, la práctica de la comunicación, es decir, la interacción sociocultural (material y simbólica) entre sujetos concretos, implica por definición la recurrencia por parte de los sujetos tanto a sistemas informacionales como a sistemas de significación, cuya competente *mediación* determina la producción y reproducción del sentido: el de las prácticas de referencia y el de la comunicación misma.

Es evidente que en los últimos años la acelerada expansión de la capacidad tecnológica de codificación y difusión informativa y la consecuente digitalización de cada vez mayores porciones de la operación cotidiana de los sujetos por una parte, y por otra la recomposición de los sistemas de interpretación del mundo, antes *localizados* y cada

vez más globalizados en un proceso que se dice tiende a la homogeneización cultural, han cambiado radicalmente el modo hasta hace poco predominante de producción social del sentido.

Este proceso de recomposición del mundo y sus representaciones ante y desde los sujetos dista mucho de estar concluido como transición histórica y se caracteriza, más que por otra cosa, por las contradicciones multidimensionales que lo constituyen y que exagera. Los usos y los recursos informativos se articulan cada vez con mayor complejidad a los poderes económicos, políticos y culturales y la diversidad de sistemas cognitivos y axiológicos se ve al mismo tiempo cercada por la racionalización y la radicalización: por la reducción a una sola lógica, universal y utilitaria, y por el repliegue defensivo e intolerante a los rasgos diferenciadores de las identidades. La *producción en común de sentido*, mecanismo fundamental de la socialidad humana, se ve así forzada a operar instrumentalmente desde la racionalidad de poderes ejercidos a escalas globales y cada vez más impersonales o descentrados de la subjetividad, y desde la reafirmación del dominio de las particularidades locales, cerradas al intercambio más allá de ciertos límites tradicionalmente definidos, que al verse amenazados, se estrechan.

Las telecomunicaciones están en el centro de este proceso, son su condición de posibilidad. Los sistemas *telemáticos*, síntesis de las comunicaciones a distancia y el procesamiento automático de la información, abarcan cada vez más esferas de la actividad humana. Productos de la tecnología informacional, estos sistemas representan el mito fundacional del nuevo orden mundial, el del *control* sobre la interconexión total y la eficiencia como criterio al mismo tiempo cuantitativo y cualitativo. La interacción entre sujetos, cada vez más mediada tecnológicamente, tiende a disolver el sentido en la objetividad: la comunicación se reduce a la actualización del sentido unilateralmente

generado y difundido o, en el mejor de los casos a la incorporación por el sujeto de las condiciones de operación del sistema, no siempre más amplias que las del entorno natural del sujeto.

No obstante, la posibilidad de "saltos cualitativos" en la interacción subjetiva para la producción de sentido sobre las prácticas socioculturales, comienza a ser real para mayor número de sujetos en mayor número de situaciones, conforme avanza la tecnología y las condiciones de su operación por el sujeto rebasan las disponibles al margen de ese sistema. Los ejemplos actuales son múltiples y la adaptación cultural sorprendente en muchos de ellos. Si es correcta la imagen de la "transición", habrá que imaginar sus límites: qué tipo de interacciones comunicativas no podrán ser mediatizadas tecnológicamente en el futuro inmediato, así sea por razones económicas, sentimentales o de cualquier otro género, en términos del sentido más pleno de la existencia.

Por supuesto, ninguna de las "disciplinas" y "especialidades" en que se ha fragmentado la ciencia contemporánea puede responder, por sí misma, preguntas como esa o como las que debieran guiar las casi cotidianas tomas de decisión en cuanto a "actualización" tecnológica. En una reflexión reciente, James R. Beniger (1993), ante un diagnóstico bibliométrico que encuentra la comunicación en todas las disciplinas de las humanidades, las ciencias sociales, cognitivas, del comportamiento, de la vida, de la computación y hasta de las matemáticas, cuestiona sin embargo la constitución teórica del campo:

Aunque ninguna disciplina podría abarcar el rango completo de interés académico en la información y la comunicación, ciertamente cualquier campo organizado que se llame a sí mismo "comunicación" debería esperarse que ocupara un papel central. Lamentablemente el hecho ha sido el opuesto. El campo americano (*sic*) de la

comunicación, al menos en su núcleo institucional de investigación y docencia, asociaciones y conferencias, libros de texto y revistas, no ha avanzado mucho hacia sus propósitos después de casi medio siglo (Beniger, 1993: 18).

Mediante un modelo de "cuatro Cs", Beniger propone una reconstrucción teórica centrada en el reconocimiento del objeto del estudio y no del campo institucionalizado. Las cuatro Cs se refieren a la cognición, la cultura, el control y la comunicación.

Como una de las cuatro Cs, la comunicación no representa un *objeto* (*subject*) de estudio, o un fin en sí misma, sino un medio para otro fin —un *método* para integrar los conceptos, modelos y datos de muchas disciplinas. Todo comportamiento humano es instigado, configurado y constreñido por la información y la comunicación, después de todo, tanto desde su interior— por la socialización, percepción y cognición —como desde su exterior— mediante la interacción humana, la estructura social y las tecnologías(...). Reconstituido en términos del modelo y método implicados por las cuatro Cs, el campo no se concentraría tanto en las manifestaciones particulares de la comunicación. El campo se dedicaría en cambio a la comprensión más sistemática e integrativa de un conjunto mucho más amplio de fenómenos que son al mismo tiempo cognitivos, culturales, conductuales y sociales (*ibid*: 21).

Esta propuesta de unificación teórica, como muchas otras antiguas y recientes, ubica la viabilidad de la reconstitución del campo en decisiones subjetivas, en *conversiones* diría Kuhn (1962), que resultan prácticamente imposibles por la organización misma del campo, como estructura social, sujeta a más factores que los puramente epistemológicos. Klaus Krippendorff ofrece una reflexión de mucho mayor alcance, y parte de que casi toda la investigación de la comunicación se ha orientado por el estudio de los mensajes, lo cual ha

generado explicaciones "*objetivistas* e implícitamente *normativas*" (Krippendorff, 1993: 34), desde el origen del campo:

Estudios que correlacionan variables del mensaje y efectos, indagaciones sobre la efectividad de diferentes diseños de mensajes, uso de teorías matemáticas para predecir cambios de actitudes por la exposición a los medios, etc. Ninguno de estos considera a los participantes humanos en el proceso como entes capaces de arreglar sus propios significados, de negociar sus relaciones entre ellos mismos y de reflexionar sobre sus propias realidades (*ibid*: 35).

La emergencia del *constructivismo* en sus diversas modalidades para teóricamente volver a incorporar el conocimiento en los sujetos puede tener para Krippendorff verdaderas consecuencias revolucionarias (en el sentido kuhniano de la revolución copernicana) al constituir un hito en la investigación de la comunicación que define una "nueva" oposición teórico-práctica:

No anticipo que la investigación de la comunicación centrada en el manejo de los mensajes vaya a desaparecer. La gente que ocupa posiciones de autoridad está muy ansiosa por adoptar construcciones deterministas de la realidad que les pueden ofrecer el prospecto de forzar la predictibilidad y la controlabilidad sobre otros. Lo atestigua el uso del vocabulario de esta orientación en los medios masivos, la política, la educación, la publicidad, las relaciones públicas y la administración. Los investigadores de la comunicación se pueden refugiar en este cómodo nicho donde las explicaciones del manejo de los mensajes son reforzadas y los operadores de los intereses manipulatorios son recompensados (*ibid*: 40).

La alternativa que presenta la epistemología constructivista y que puede llevar a una "nueva y virtuosa síntesis" según Krippendorff, tiene tres componentes: primero, considerar a los seres humanos como entes cognitivamente autónomos; segundo, como practicantes

reflexivos de la comunicación con otros, y tercero, "como interventores moralmente responsables, sino es que creadores, de las mismas realidades sociales en las cuales acaban viviendo" (*ibid*: 40).

Un aporte más, es el de Brenda Dervin (1993), enfatiza que es en el campo de los estudios sobre prácticas comunicativas donde se encuentran, de todas las ciencias sociales, los mejores recursos teórico-metodológicos para tratar con "la diferencia", para *diferenciar*.

Conforme nuestra comprensión del discurso se hace más sofisticada, comenzamos a entender que incluso el acto metodológico de localizar la diferencia —el acto de diferenciar— es en sí una imposición de patrón. En suma, cuando diferenciamos, debemos poner la diferencia en alguna parte. En nuestro campo hoy hay dos sitios primarios -uno es en la cultura; el otro en la agencia. Superficialmente parecen ser dos movimientos metodológicos muy distintos. Pero desde el punto de vista de este ensayo se construyen de modos fundamentalmente idénticos. Ambos tratan la diferencia sin hacerlo (Dervin, 1993: 49).

Mediante la metáfora del verbo y el sustantivo, Dervin afirma que la influencia de otras ciencias sociales ha impedido recuperar la *verbicidad*, procesualidad en acción, de la comunicación: "fallamos al conceptualizar la diferencia como diferenciación, como un movimiento comunicativo, como una condición fundamental de la experiencia humana" (*ibid*: 50). Pero aunque nuestro campo ha hecho más que cualquier otro de las ciencias sociales para moverse de las "teorías y metodologías—sustantivo" a las "teorías y metodologías—verbo" (*ibid*: 52), que es el movimiento que permite tratar las diferencias y deshacer las dicotomías no esenciales, su idea es que la salida a la crisis del campo está en el interior de la propia "disciplina".

Y, por supuesto, la cuestión vuelve a la institucionalización académica del estudio de

la comunicación y a su intento histórico de convertirse en una disciplina por derecho propio. "Disciplina" viene del latín disciplina: instrucción de discípulos, y los discípulos son instruidos en una *doctrina*, en la que son "indoctrinados" por los "doctores". La dinámica de la especialización y la fragmentación del conocimiento ha acabado por desnaturalizar este modelo disciplinario, convirtiéndolo más en un espacio institucional de lucha por la legitimidad social del saber que es un ámbito de construcción del conocimiento. La "crisis de los paradigmas" es la crisis de las especialidades y disciplinas académicas cerradas. La salida, más que en las propias disciplinas, está en la articulación de nuevas formas de trabajo académico con el conocimiento y su "absorción" continúa en las prácticas sociales que tematiza, reflexivamente, como discurso científico (Giddens, 1989: 63).

Probablemente, aunque no depende de ello, la creciente *telematización* de la vida social facilite la emergencia y articulación de nuevos productos de la investigación sociocultural de la comunicación, cada vez menos determinados (limitados, orientados) por las constricciones disciplinarias y más sólidamente articulados con una teoría ("pos-disciplinaria") y unas prácticas socioculturales de la comunicación que tiendan a *disminuir* las desigualdades y a incrementar las diferencias entre los sujetos.

Bibliografía

Bell, Daniel, *The Coming of Postindustrial Society*, Nueva York, Basic Books, 1976.

Beniger, James R., "Communication -Embrace the Subject, not the Field", en *The Future of the Field I, Journal of Communication*, vol. 43, núm. 3, 1993.

Dervin, Brenda, "Verbing Communication: Mandate for Disciplinary Invention" en *The Future of the Field I, Journal of Communication*, vol. 43, núm. 3, 1993.

Eco, Umberto, *Apocalípticos e Integrados ante la Cultura de Masas*, Barcelona, Lumen. 1968.

Feyerabend, Paul, *Against Method*, Londres, New Left Books, 1975.

Giddens, Anthony, *The Constitution of Society. Outline of the Theory of Structuration*. University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 1984.

Giddens, Anthony, "The Orthodox Consensus and the Emerging Synthesis", en *Dervin et al.* (eds.), Sage, Newbury Park *Rethinking Communication*, vol. 1, 1989.

Habermas, Jürgen, *Teoría de la Acción Comunicativa*, Buenos Aires 2 vols., Taurus, 1989.

Krippendorff, Klaus, "The Past of Communication's Hoped-For Future", en *The Future of the Field I, Journal of Communication*, vol. 43, núm. 3, 1993.

Kuhn, Thomas S., *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago, University of Chicago Press.

Luna, Carlos E., "La comunicación como interacción social", ponencia en la Reunión binacional México-España: prospectiva de la sociología, México. IIS UNAM, 1991.

Marcuse, Herbert, *El hombre unidimensional*, México, Joaquín Mortiz, 1968.

Martín Serrano, Manuel, "La epistemología de la comunicación a los cuarenta años de su nacimiento", en *Telos*, núm. 22, Madrid, FUNDESCO, 1990, pp.65-75.

Martín Serrano, Manuel, "Los cambios en las funciones de la comunicación y en el valor de la información", en *Renglones*, núm. 24, Guadalajara, ITESO, 1992, pp.64-68.

Masuda, Yoneji, *La sociedad informatizada como sociedad pos-industrial*, Madrid, FUNDESCO / Tecnos, 1984.

Mattelart, Armand, *La comunicación-mundo. Historia de las ideas y de las estrategias*, Madrid, FUNDESCO, 1993.

McHale, John, *El entorno cambiante de la información*, Madrid, Tecnos, 1981.

McLuhan, Marshall, *La comprensión de los medios como extensiones del hombre*, México, Diana, 1968.

Montoya M. del C., Alberto, *México ante la revolución tecnológica*, México, AMIC/Diana, 1993.

Nora, Simon y Alain, Minc, *La informatización de la sociedad*, México, FCE, 1980.

Paisley, William, "Communication in the Communication Sciences", en Dervin & Voigt (eds.), Norwood NJ, *Progress in Communication Sciences*, vol. V, Ablex, 1984, pp.1-43.

Peters, John Durham, "The Need for Theoretical Foundations. Reply to Gonzalez", *Communication Research*, vol. 15, núm. 3, 1988.

Rogers Everett, M. (a dialogue with Steven H. Chaffee) "The Past and the Future of Communication Study ¿Convergence or Divergence?", en *The Future of the Field II, Journal of Communication*, vol. 43, núm. 4, 1993, pp.125-131.

Reese, Jürgen et al., *El impacto social de las modernas tecnologías de información*, Madrid. FUNDESCO/Tecnos, 1982.

Schiller, Dan, "Capitalism, Information, and Uneven Development" en DEETZ (Ed), *Communication Yearbook 16*, Sage, Newbury Park, 1993, pp.396-406.

Schiller, Dan, "From Culture to Information and Back Again: Commoditization as a Route to Knowledge", *Critical Studies in Mass Communication*, vol. 11, núm. 1, 1994, pp.92-115.

Schiller, Herbert I., *El poder informático. Imperios tecnológicos y relaciones de dependencia*, México, Gustavo Gili, Mass Media, 1983.

Wiener, Norbert, *Cybernetics, or Control and Communication in the Animal and the Machine*, Cambridge, MIT Press, 1948.

Zavala Alardin, Gonzalo, *La sociedad informatizada ¿la nueva utopía?*, México, Trillas, 1995.